

*da* en la que la Iglesia se ocupa de dar respuestas tranquilizadoras frente a toda inquietud, mientras que la nueva civilización renacentista –que, como señaló Eugenio Garin, se inicia con un «movimiento de *renovatio*», un auténtico «programa de renovación cultural» que supone, entre otras cosas, un nuevo planteamiento de los problemas del hombre y de la sociedad (1984: 58-59)– es fundamentalmente una *civilización problemática* en busca de soluciones, de certezas, y en ese contexto adquiere la novela la dimensión trascendental que le confiere Ayala:

Cuando se han perdido aquellos asideros de la fe religiosa que permitían ordenar la propia vida dentro de un cuadro objetivo, y el humano, reducido y abandonado a su mera individualidad, tiene que buscar por sí mismo su razón de ser, uno de los caminos posibles está en las instituciones que, sobre el plano estético, le permita alcanzar la imaginación del novelista (1984: 125).

A la luz de estas últimas palabras se entiende perfectamente por qué la *intentio auctoris* que orienta la escritura de la novela adquiere en la obra teórico-crítica ayaliana una especial relevancia. Asegura Ayala en varios de sus ensayos que en manos del novelista –o mejor «sobre los hombros», por utilizar la misma expresión que él utiliza– recae la responsabilidad de buscar «la clave del universo», y de hacerlo además de un modo determinado: «a través del sentido de la existencia humana, es decir, interrogando a la vida misma» (1990: 155). Esto es lo que, a juicio de Ayala, hizo Cervantes por primera vez, tanto en el *Quijote* como en las *Novelas ejemplares*, donde el buceo «en el pozo de la naturaleza humana» resulta evidente (1984: 136). Y desde Cervantes, la misión del novelista queda ya –según Ayala– claramente fijada: tiene que transmitir a sus contemporáneos sus intuiciones «acerca del sentido de la vida humana, y con ellas, su visión o vislumbre del mundo» (1990: 157). El mismo Ayala siente haber cumplido con su vocación de escritor teniendo siempre en el punto de mira el propósito inicial de dar forma artística a su particular cosmovisión para dársela a conocer a los demás. Así lo contaba en la conferencia titulada «Regreso a Granada», leída en 1977:

Hubiera sido legítimo que me consagrara a escribir novelas y otras fabulaciones con el propósito de brindar al consumo de las gentes un entretenimiento más o menos divertido o –acaso, si tan buena era mi suerte– un objeto de deleite estético; pero la verdad es que jamás escribí con tan altruista intención (en cuyo caso ¿por qué no hubiera debido profesionalizar sin reparo mi artesanía?), sino más bien con la de esforzarme por formular en imágenes mi visión del mundo y proponer al juicio de los demás esta cifra de su realidad, justificando así de alguna manera mi presencia en él (1992: 67).

Está claro que comunicar su particular concepción del mundo –y, al hacerlo, revelar esa «oculta esencia» de la condición humana a la que se ha referido alguna vez (1989: 430)– ha sido la fuerza motriz que le ha llevado a configurar artísticamente sus intuiciones personales. De ahí que quepa interpretar como una generalización de su experiencia personal lo que afirma al concluir uno de sus ensayos:

Lo propio del hombre de letras es escrutar con toda libertad el mundo, preguntarse por los últimos misterios, tratar de descubrir el sentido de la vida humana, el sentido de todo lo existente, y ofrecer sus intuiciones plasmadas en obra a la consideración de sus semejantes con objeto de despertar en ellos intuiciones o percepciones análogas (1972: 198).

Tras estas palabras –que en cierto modo recuerdan la idea de Carlos Fuentes según la cual «más que una respuesta, la novela es una pregunta crítica acerca del mundo» (1993: 39)–, está claro que estaba en lo cierto Estelle Irizarry al destacar que, para Ayala, la novela moderna «trata la vida humana como problema abierto» (1971: 104). Por otra parte, esa interrogación que –a decir de Ayala– el hombre de letras dirige al mundo y a la vida humana que en él se desarrolla no encuentra fácilmente las respuestas buscadas, sino tras el insistente empeño que supone un auténtico esfuerzo creativo. Así se deduce al menos de algunas de las interesantes observaciones que hace Ayala sobre su propia experiencia del proceso de la creación literaria. Es el caso, por ejemplo de la confesión que realiza en otra de sus conferencias, la titulada «Novelista y profesor», donde cuenta la relación problemática que mantiene con el sentido trascendental que trata de comunicar en sus novelas:

[...] muchas veces, por no decir siempre, ese sentido se me presenta de manera imprecisa, y el esfuerzo por formularlo no es, en definitiva, otra cosa que el esfuerzo por desvelar su secreto entrevisto, por descubrirlo, por inventarlo; de modo que el placer envuelto en el placer de escribir sería, creo, un placer comparable al del matemático que despeja una incógnita, el placer de levantar la punta del velo de ese misterio en que el mundo consiste, revelándolo un poco, y revelándose uno a sí propio al hacerlo (1992: 52-53).

Sería difícil formularlo con mayor claridad: la esencia de la vida humana y del mundo en el que ésta tiene lugar no se le presentan al novelista de forma transparente, sino de forma «imprecisa», como un «secreto entrevisto» que es preciso «desvelar», como algo que es preciso descubrir, inven-

tar, como una «incógnita» por despejar, como un «misterio» que se oculta tras un «velo». Desde este punto de vista, la escritura de la novela supone una auténtica hermenéutica de la existencia humana y, en consecuencia, el novelista se convierte en un auténtico hermeneuta, en su doble dimensión de intérprete y de mediador (Mailloux, 1997: 160). Es alguien que interpreta la realidad en torno buscando en ella un significado que está más allá de lo inmediatamente aprehensible para forjarse su personal cosmovisión y comunicarla después a unos lectores potenciales que reaccionarán de algún modo frente a ella. Varios ensayos ayalianos insisten en la idea de que los tiempos modernos carecen por completo de «un sistema firme de creencias capaz de ofrecer una interpretación del mundo generalmente válida» (1990: 154). A falta de ese «sistema firme de creencias», omnipotente y omnipresente en otras épocas, el novelista moderno pone al servicio de los demás –sostiene Ayala– su interpretación personal del mundo y de la existencia humana, lo que en cierto modo recuerda la tesis de Julia Kristeva acerca de los posibles orígenes didácticos del discurso novelesco (Kristeva, 1974: 28-29). Las mismas observaciones que hace Ayala al hablar del surgimiento de la novela moderna le sirven para subrayar la importante tarea que lleva a cabo el novelista. Así, una y otra vez regresa al punto de partida:

Tras la crisis de la Cristiandad y a raíz de la ruptura de la unidad de la Iglesia, el escritor ha venido a asumir en el mundo occidental aquella autoridad espiritual que el clero había ejercido durante la Edad Media. A él compete desde entonces la tarea de ofrecer una visión del mundo, de proponer las normas de juicio y de conducta que orienten a las gentes en la vida cotidiana [...]. Esta función no se encuentra apoyada ahora en un cuerpo de doctrina coherente, en un sistema de reglas bien establecidas y fijas, sino más bien en los dictados de una racionalidad discutible que libremente especula en busca de lo verdadero y de lo justo; una racionalidad cuyo único texto es el libro de la Naturaleza (1989: 353-354).

Ofrecer una visión del mundo para orientar a las gentes en la vida cotidiana. Asumir la autoridad espiritual que estaba antes en manos de la Iglesia. Está claro que, a los ojos de Ayala, no es precisamente el puro entretenimiento lo que debe proponerse un auténtico novelista. De hecho, a las obras que se escriben con el único propósito «de divertir o entretener a sus lectores, procurando así una ganancia al autor» Ayala las considera integrantes de una «clase mercenaria de libros» (1960: 161). Por otra parte, dada la gran responsabilidad con la que tiene que cumplir el novelista, se entiende que la novela sea un género libre de ataduras formales, un género

sin prohibiciones, un género –en fin– en el que todo lo que de algún modo pueda ser útil para el objetivo último que se persigue tiene que tener cabida. Con estas palabras referidas directamente a la figura del novelista lo explica Ayala:

éste maneja los materiales de la experiencia cotidiana, lo inmediato, lo vivido, en una palabra: la *realidad* misma, tan compleja y misteriosa, del hombre desamparado en el mundo, y, objetivando sus afanes mediante las personificaciones imaginarias, suscita en el lector la inquietud acerca del sentido de su propia existencia. Esa función, última y no consciente, de ayudar al hombre a entender el mundo y a entenderse a sí mismo dentro de un mundo cuyas claves se han perdido, impone a la novela el carácter de género híbrido, impuro, indefinido, de formas fluctuantes e imprecisas, que tantas veces y con razón se le ha reprochado. Es y tiene que ser un género abierto a las exploraciones, y lo bastante plástico para prestarse a las intuiciones más diversas (1984: 125-126).

De todas estas consideraciones se desprende que la libertad del novelista se concreta no en una libertad para hacer lo que le venga en gana, sino en una libertad para escoger los recursos narrativos que mejor se adecuen a la misión con la que tiene que cumplir mediante la expresión de su particular visión del mundo, y desde este punto de vista se entiende perfectamente por qué al hablar de «la *técnica* de hacer novelas» afirma Ayala: «aquí, una vez más, libertad significa responsabilidad» (1990: 155). Queda claro, pues, cuál es la intención que debe guiar en su trabajo a todo auténtico novelista: examinar a fondo las cuestiones esenciales que unen a los hombres para orientar sobre ellas al futuro lector. «Tal es –escribe Ayala– la responsabilidad que, a sabiendas o no, asume el novelista frente a sus contemporáneos» (1990: 156). A sabiendas o no: la escritura de la novela implica una gran responsabilidad, pero no todo novelista es consciente de ello. Por eso Ayala matiza: «Ha de serlo, si entra en la categoría de los buenos novelistas» (1990: 155).

En perfecta consonancia con las ideas expuestas acerca de la escritura del novelista, Ayala da a entender en numerosas ocasiones que en el horizonte de expectativas del lector de novelas hay un espacio reservado a la esperanza de encontrar en las obras que lee las claves necesarias para comprender mejor al género humano y, en definitiva, el sentido de la vida. Es decir, Ayala ve en la lectura de novelas una motivación de fondo de naturaleza claramente antropológica centrada en la búsqueda de respuestas para las preguntas más inquietantes. Asegura que la lectura de novelas «respon-